



PUNTOS DE VISTA

A PARTADO del movimiento progresivo de los tiempos presentes ; colocado de Madrid á esa distancia respetuosa en que , por una subversión de las leyes ópticas , todo aparece más grande ; en este lugar , digo , en que se va como á retaguardia de la gran procesión que á paso de carga nos conduce como de la mano al fin supremo de la felicidad universal ; aquí donde todavía hay gentes sencillas que no ven más allá de sus narices y que viven con la boca abierta , dispuestas á que las comulguen con ruedas de molino ; aquí donde apenas llegan los reflejos de las luces del siglo ; aquí , sin embargo , ¡ pásmense Vds. ! , se ve crecer la hierba.

Y no sucede esto por ningún prodigio de la inteligencia humana , por ninguna maravilla de la ciencia.

Sucede esto por la sencilla fertilidad de la tierra, por la natural combinación de una semilla lozana y de una tierra fecunda.

Plinio asegura que el elefante ve crecer la hierba; pero los hombres, irritados de que el más grande de los brutos disfrutara de un privilegio que le había sido negado al hombre, levantaron contra Plinio esta calumnia.

Ellos dijeron: «Ó algún elefante se lo ha dicho á Plinio, ó Plinio ha sido elefante».

La rara facultad de ver crecer la hierba no es aquí un privilegio concedido á los ojos del hombre, es una virtud otorgada á la tierra.

Bajo este sol suave que brilla en medio de un cielo apacible, al soplo fugitivo de este aire húmedo que baja de las montañas anunciando el rocío de una lluvia bienhechora, la tierra se abre como el corazón humano al anuncio de una esperanza, y se ven los campos cubrirse con las primeras hojas de las semillas confiadas por la mano del hombre á la fecundidad de su seno.

La tierra se alfombra tendiendo ese manto verde claro, verde obscuro, que unas veces parece amarillo y otras veces negro, y que dice á los ojos: «Buena cosecha se prepara».

Así es cómo se ve aquí crecer la hierba; y si es cierta la averiguación hecha por Plinio, en honor de la verdad, no se necesita ser elefante para verlo.

Aunque ver crecer la hierba es la última expresión del alcance de la mirada humana, yo, sin em-

bargo, me asomo todos los días á las ventanas de dos ó tres periódicos, por si puedo alcanzar á ver algo de lo que pasa por el mundo.

Y aquí me tienen Vds. suspenso entre dos descubrimientos, que cada uno por su lado señala un nuevo paso en la marcha majestuosa de la especie humana.

Son dos descubrimientos que se dan la mano, como dos amigos que se encuentran de repente al volver una esquina después de una muy larga ausencia.

Por una parte, aparece en la Exposición de París una maravilla mecánica, destinada á ser por de pronto el asombro de las gentes.

Se trata de una invención verdaderamente digna de un profundo estudio.

Es una carcajada de ruedas aceradas movidas por una máquina de vapor, arrojada al rostro sentimental de esa frase llorona que va por el mundo gimoteando estas palabras:

«Abolición de la pena de muerte».

Se trata, pues, de la novísima *guillotina*, de una guillotina flamante, que corta veinte cabezas en un minuto.

Es el vapor aplicado á la última pena.

Es la máquina segadora de esa planta humana que se llama hombre.

Es el último nivel que ha de señalar la igualdad del género humano.

Esta guillotina es un descubrimiento novísimo.

Semejante prodigio supone en su autor un corazón verdaderamente mecánico.

Un alma semejante á un botón de acero.

Si es un capricho, es un capricho horrible; si es una especulación, es una especulación espantosa.

¿Es la aparición de ese instrumento la solución de un problema mecánico?

¿Cuáles son los términos de ese problema, resuelto por la perfección artística de esa guillotina?

Todo el mundo los sabe.

No pueden ser más que estos:

Libertad, igualdad, fraternidad.

Los pueblos civilizados pueden ya escribir en el frontispicio de sus grandes puertas, esta promesa sublime:

«Aquí se degüella al vapor».

A la vez aparece un nuevo descubrimiento, que se enlaza con el anterior como dos anillos de una misma cadena, porque al mismo tiempo, ¡oh feliz coincidencia de las cosas!, que se ha descubierto la guillotina rápida, nos encontramos manos á boca con que el tiburón es un plato exquisito.

La grandeza de nuestros tiempos está á punto de ofrecer al apetito público ballenas en salsa.

Y, ¡es claro! : las grandes vísceras del hombre moderno necesitan estar en armonía, y es preciso que la acción de sus funciones sea análoga.

Dado el corazón que inventa la guillotina al vapor, hay que convenir en que es necesario un estómago que digiera tiburones fritos.

Después de una degollina de hombres á veinte cabezas por minuto, la mesa del festín no puede cubrirse más que con un manjar: tiburón en diferentes guisos.

La cuenta del banquete debe ser esta:

Á tiburón por barba.

Y esto es natural, esto es justo, por una razón suprema de correspondencia.

El más voraz de los monstruos tiene que venir, al fin y al cabo, á ser pasto y alimento del más feroz de los hombres.

Hay aquí un principio higiénico, que viene á ser como la salsa del descubrimiento.

El alimento es preciso que sea proporcionado al estómago.

Señálese la altura á que hemos llegado con esta fórmula gástrica:

El hombre come ya tiburones.

Detrás de este paso, no puede quedar más que otro; aquel en que el hombre llegue á comerse los codos.

Después de devorar tiburones, ¿qué puede satisfacerle al hombre, más que devorarse á sí mismo?

Hemos llegado, pues, á un punto en que es preciso que nos detengamos un momento para medir las grandes distancias que hemos recorrido.

Apartemos por un instante las espesas tinieblas detrás de las que se ocultan los tiempos primitivos, y veremos aparecer á Caín armado con la quijada de un burro para dar muerte á su hermano, movida toda la máquina de su odio por el vapor sombrío de la envidia.

¡Qué atraso!

Desde aquel instrumento grosero é inundo hasta el atildado mecanismo de nuestra última guillotina, hay un mundo de civilización y de progreso.

Es innegable.

Viniendo de aquellos tiempos á los presentes, nos encontramos en el camino á Jonás engullido por una ballena.

¡Qué ignorancia!

Cualquiera de los Jonás de estos tiempos, en iguales circunstancias, se hubiera tragado á la ballena, porque ahora son los hombres los que se comen á los tiburones.

Esto es andar, esto es correr, esto es volar.

Levantemos una piedra miliaria que señale á los ojos de los futuros transeuntes la altura de los tiempos presentes.

Pongámosle esta inscripción:

«Al llegar aquí la civilización moderna, se detuvo un momento, metió las manos en las tenebrosas profundidades de su saco de noche, y sacó la guillo-

tina al vapor y los tiburones á la *papillot*. Después continuó su camino.»

Y he aquí resuelta la gran cuestión económica: la guillotina disminuye el número de los que comen, y los tiburones vienen á aumentar la cantidad de la comida.

Ahora salimos con la deliciosa novedad de que el perfeccionamiento de las armas de fuego, lejos de aumentar las bajas en los campos de batalla, las hace descender á una proporción insignificante.

Hay que creerlo así, en razón á que se funda en razones y argumentos de estadística.

En Austerlitz perdieron los franceses el catorce por ciento de combatientes, los rusos el treinta y los austriacos el cuarenta y cuatro.

En Wagram, los franceses perdieron el diez y ocho y los austriacos el catorce.

En Moscow, los franceses perdieron el treinta y siete y los rusos el catorce.

En Bautzen, perdieron los franceses el trece y los rusos el catorce.

En Waterloo, los franceses perdieron el treinta y seis por ciento, y el treinta y uno los aliados. Napoleón lo perdió todo.

Estas diferentes carnicerías se hicieron con arreglo al sistema del armamento antiguo, y claro está que aquellas armas imperfectas, es decir, in-

cultas todavía, habían de ser mucho más bárbaras que las armas modernas, mucho más perfectas, y, digámoslo así, más civilizadas.

Así es que cuarenta y cinco años después de la carnicería de Waterloo, nos encontramos con Solferino y con Magenta, donde los franceses—otro prodigio de la cultura de las armas—sólo perdieron el siete y diez por ciento, y los austriacos no pasaron, en una y otra ocasión, del ocho por ciento.

Hay más: según el general americano Rossencranz, en la batalla de Murfreesboroug, para matar un soldado, fué necesario disparar veintisiete cañonazos y ciento cincuenta y cinco tiros de fusil.

Ahora bien: acábense de perfeccionar las armas de fuego, y el mundo atónito contemplará las más descomunales batallas sin que perezca en ellas un sólo hombre.

Si conforme los fusiles de aguja tienen boca, tuviesen lengua, sería curioso oírles lamentarse del solemne chasco que se han llevado.

Ellos, al salir de las manos de su inventor, irían tan orgullosos de su poder, creyendo que no habría ejército capaz de ponérseles delante: mas aquí tienen Vds. que el último fusilejo de Austerlitz es treinta y cuatro veces más mortífero que el fusil de aguja más perfecto.

Con nada se puede mentir más descaradamente que con los números; díganlo si no todas esas cuentas

del Gran Capitán con que solemos quedarnos tan satisfechos; díganlo si no todas esas cuentas galanas con que el crédito enriquece á las naciones.

¿Cuándo un millón ha sido más cuento que ahora?

La aritmética, con penetración profunda, nos dice: *millón ó cuento*; como si quisiera darnos á entender que eso de contar millones es muchas veces lo mismo que contar cuentos.

De la misma manera nada puede ser tan falaz como una estadística.

Con la estadística en la mano se nos demuestra que somos hoy más ricos que ayer, y que mañana seremos más ricos que hoy, y, sin embargo, cada día se aumenta en progresión verdaderamente progresiva esa cantidad negativa que se llama deuda, y que determina con bastante claridad, no lo que hay, sino lo que falta.

Pero ¿por qué hemos de renunciar al placer de las risueñas ilusiones? ¿Por qué hemos de descubrir la triste realidad de las cosas mientras podamos ocultarla?

Es evidente, pues, que el perfeccionamiento de las armas de fuego disminuye considerablemente las pérdidas de los ejércitos en los campos de batalla.

Un ejército armado con las más perfectas, y por consiguiente con las más destructoras invenciones, tiene el rarísimo privilegio de hacer invulnerables á sus enemigos.

La lanza de Aquiles poseía la singular virtud de curar las mismas heridas que hacía; pero la filantropía del arma terrible de aquel héroe, hijo de aquellos dioses, no podía satisfacer el amor á la humanidad que sienten estos dioses, hijos de los hombres.

Había, pues, que inventar armas más terribles que la lanza de Aquiles, y al mismo tiempo mucho más filantrópicas.

Armas verdaderamente maravillosas, que poseen el rarísimo privilegio de no hacer las heridas que hacen.

He aquí por qué raro modo y de qué inesperada manera nos encontramos con que inventar un arma terrible es poco menos que hacer una obra de caridad.

Y he aquí por qué, en los momentos presentes, las naciones de Europa se apresuran á perfeccionar sus armamentos y á completar la destreza de sus soldados en el manejo de las armas, como si todas ellas tuvieran el deliberado propósito y la intención salvaje de aniquilarse recíprocamente en el primer encuentro.

Pero nada más lejos del ánimo de las naciones civilizadas que semejante propósito. Antes al contrario, se arman con todos los destructores adelantados del siglo, precisamente para jugarse en un divertido simulacro el dominio del mundo.

Hubo un día en que la epidemia, abriendo innumerables sepulturas, tuvo de par en par abiertas las puertas de los cementerios. Poco después amaneció otro día fúnebre; ¡qué cosa más natural!; el día de los difuntos, y la autoridad, que vela siempre por la salud pública, cerró las puertas de los cementerios, dejando las sepulturas en soledad eterna.

Cualquiera poco versado en materias de higiene, poco versado en el arte de conservar la salud de los vivos, creerá que se trataba de imponer á los difuntos la pena debida al delito de haberse muerto.

Y en verdad que á los ojos de este mundo, donde todo se hace por vivir, donde todo se subordina al propósito de ir viviendo, no debe haber una falta mayor que la de morir.

Mirando por encima la cuestión que el caso ofrece, se observa que hay cierta equidad en negarles á los vivos en el día de difuntos la entrada en el asilo de los muertos, por la misma razón sin duda con que los muertos son inmediatamente separados de toda comunicación con los vivos.

Por otra parte, hay algo de cuestión de etiqueta, porque está plenamente averiguado que las visitas que los vivos hacen á los muertos en el día de los difuntos no son jamás devueltas.

No pudiendo contenerse los estragos del contagio con los recursos de la ciencia, queda todavía en manos del poder gubernativo el supremo recurso de cerrarle el camino á la muerte. Cerrar la puerta de los cementerios cabalmente en el día de los

difuntos, viene á ser como lanzar un decreto de proscripción contra la muerte.

Acaso cerrando toda comunicaci3n con la eternidad acabemos por ser eternos.

¡Qué extraños contrastes se encierran algunas veces en los ocultos rincones de las cosas más sencillas!

Pensemos que si la epidemia, que obliga á cerrar los cementerios en el día de los difuntos, á enmudecer á las campanas, y á ocultar todas las demostraciones del luto público, se hiciese perpetua, ¡oh felicidad!, vendríamos á caer en total olvido de la muerte.

Al mismo tiempo, los difuntos perderían el pequeño tributo que una vez al año pagamos á su memoria, y esa gabela fúnebre, saliendo del dominio de las manos muertas, entraría como nuevo recurso en las corrientes de la riqueza pública.

Alegrémonos, pues; desechemos toda tristeza, que no doblen las campanas, que callen los responsables, que se cierre el paso á los cementerios, que no se conozca, que no se presuma, que no se sospeche siquiera que es el triste día de los difuntos.

¿Por qué?

Por una razón suprema, extraordinaria, incontestable: porque en dos meses han muerto cuatro mil personas.

¿No hay ya para el corazón humano más consuelo que el olvido?

Mas el cólera no es solamente una epidemia que mata, es también un artículo de comercio que facilita un modo más de buscarse la vida. Hay cólera verdadero y cólera falso; el último tan bien imitado, que hay quien ha muerto al falsificarlo.

Esto debe llenarnos de orgullo, porque es el colmo de la industria humana.

En este orden de adelantos se había hecho ya mucho, y casi creíamos que habíamos llegado á lo último.

Sabíamos que había ciegos artificiales, mudos muy bien hechos, mancos y cojos contruidos con todas las reglas del arte, tullidos con toda perfección.

Sabemos que hay madres, madres no, mujeres que alquilan sus hijos para que otra excite con ellos la caridad pública.

Sabemos que hay nodrizas que se han constituido en amas perpetuas por medio de un tráfico abominable.

Hay casos de que un hombre haya mutilado á sus hijos, para crearles en su misma deformidad un patrimonio.

Hay, en fin, mujeres que comercian con la juventud y con la hermosura de sus hijas, y hay, por

último, hombres que adiestran á sus hijos en el arte de apropiarse lo ajeno.

Todas las deformidades morales y todas las deformidades físicas se encuentran aquí elevadas á un grado de perfección verdaderamente admirable.

Le falta un paso que dar á esta gran industria, y ese paso ha venido al fin á darse.

El cólera se presenta, y estalla la bomba del terror público; unos huyen, otros se ocultan, muchos se mueren. La caridad se cree inmortal por lo visto, y ni huye, ni se oculta, ni muere. Se organizan juntas, se reparten socorros, y se distribuyen donativos. La gravedad del caso aumenta la proporción de los socorros; el pobre que recibe la Extremaunción, recibe á la vez cien reales de socorro. Pues bien: hay quien se constituye en moribundo permanente para ir viviendo, y recibe tres veces la Extremaunción para recibir trescientos reales.

Estos casos de epidemia industrial fueron muy frecuentes.

Una vez falsificado el cólera, encontró en el comercio de la muerte con la vida un auxiliar poderoso, y el contagio y la industria se unieron como dos amigos.

Y bien: ¿qué hay que oponer á esta manera de buscarse la vida á las puertas mismas de la muerte?

¿En nombre de qué se le puede impedir á un

hombre libre, y por consiguiente dueño de sí mismo, que comercie con su vida?

¿Cómo os atreveréis á decirle que no puede disponer de su salud?

¿Cómo podréis prohibirle que se venda por la cantidad que quiera y en la forma que tenga por conveniente?

¿Qué acto más propio, más legítimo, más natural de la libertad de un hombre, que aquel por medio del cual el hombre se vende?

¿Quién puede impedirle que trafique con su salud, que juegue con su vida, que haga, en fin, un negocio con la muerte, si es dueño de sí mismo?

La conciencia, esa fastidiosa que en todo se mete, ese juez que todo lo averigua y todo lo juzga....; pero.... ¿dónde está la conciencia?

¿Acaso esos infelices saben lo que han hecho? Además, la conciencia, ¿no es una tiranía?

Ahora tened en cuenta que esos que fingen hoy el cólera para ganarse la vida, fingirán mañana la revolución para ganarse los favores de la loca fortuna.

Si hoy juegan sus vidas por cien reales, estad seguros de que mañana por mucho menos jugarán las vuestras.

Público es esa masa humana que se forma delante ó alrededor de cualquier espectáculo, sea el espectáculo el que quiera. La alegría, el bullicio,

la movilidad y la algazara de este conjunto de seres, son las señales que marcan los grados de común felicidad que alcanzamos.

Un cadalso levantado en el Campo de Guardias es un espectáculo muy digno ciertamente de la concurrencia del público.

Una corrida de toros no es espectáculo menos digno de nuestra culta presencia.

Una ópera en el teatro Real no es tampoco asunto que hemos de dejar que nos lo cuenten.

Pues bien: un día se presentan los tres espectáculos con todo orden, uno detrás de otro. Por la mañana, la ejecución de un reo condenado á muerte; por la tarde, corrida de toros; por la noche, teatro Real. ¡Gran día! Nuestra alegría, nuestro bullicio, nuestra movilidad y nuestra algazara se despepitan ante la triple perspectiva de esos tres espectáculos, y el público se lanza impetuoso á rodear el cadalso por la mañana, á cubrir los tendidos de la Plaza de Toros por la tarde, á llenar el paraíso del teatro Real por la noche.

Divertirse: he ahí todo.

Divertirse, sea con lo que quiera, sea por lo que quiera.

¿Se trata de un reo condenado á muerte? Magnífico; al Campo de Guardias.

¿Se trata de una corrida de toros? Soberbio; á la Plaza de Toros.

¿Se trata de *Guillermo Tell* ó de *La Traviatta*? Sublime; al teatro Real.

En los tres casos el público es el mismo, y en los tres casos trata de la misma cosa; á saber: de divertirse.

¡Ah! ¡Si seremos dichosos!

Por ejemplo:

Chamberí es un barrio de Madrid, colocado por su gusto á corta distancia de la Fuente Castellana, donde unas cincuenta ó sesenta casas han hecho corro, formando rancho aparte, como si quisieran vivir de su cuenta y riesgo.

Este puñado de casas, donde de seguro hay más tabernas que vecinos, quiere también escupir por el colmillo, y, echando al aire, como un hombre, su bocanada de humo de civilización, se ha puesto serio, ha tosido fuerte, y, como quien dice: «Sébase quién es Callejas», — nombre que le viene de molde, — ha decidido....; pero esto necesita párrafo aparte.

Decidió, hace ya mucho tiempo, tener también su correspondiente casino, con el título de *Círculo de Recreo*.

No sé si en Chamberí hay escuela; pero, ¿qué importa eso, si ya hay un casino?

Por lo demás, la cosa es justa: ¿por qué no ha de tener también Chamberí su casino? ¿Qué razón hay para que se mueran de fastidio cuarenta ó cincuenta vecinos?

Antiguamente se enseñaba la horca antes que el lugar ; ahora se hace el casino antes que la población.

Cuenta la historia , esa habladora capaz de contar hasta lo que no se sabe , que unos atenienses se encontraron un día á no sé qué filósofo jugando á la taba con unos muchachos bajo el pórtico de uno de aquellos templos que tanto hermoseaban á la ciudad de Atenas , según dice esa misma historia , que habla de todas las cosas como si todas las hubiera visto.

Los atenienses , al ver al filósofo , se pararon , y el filósofo continuó jugando , sin hacer caso de los atenienses.

—Tú (le dijeron al fin) , que todo pretendes saberlo , ignoras , por lo visto , los males que afligen á la República.

—Yo (contestó el filósofo sin mirarlos) , que no sé nada , sé muy bien eso.

—Entonces (replicaron los atenienses) , ¿ qué es lo que haces ?

—Yo (les contestó) juego á la taba con estos muchachos.

—¿ Y te parece digna de ti esa ocupación , mientras la República parece desgarrada por el rencor de los partidos y por la maldad de los ambiciosos ?

—Si no es digna de mí esta ocupación , no me negaréis que es digna de los atenienses.

—¿ Qué quieres decir con eso ?

—Quiero decir que vale más jugar á la taba con estos muchachos , que gobernar la República con vosotros.

Madrid no es Atenas ; nosotros no podemos decir con completa exactitud que somos atenienses , por más que cada día se aumente entre nosotros el número de los *griegos* ; pero , siguiendo el ejemplo de aquel filósofo , podemos exclamar :

—¡ Bah ! Me divierte más jugar á la taba con estos muchachos , que gobernar la República con vosotros.

El arte tiene una verdad exclusivamente suya , que sólo se realiza en las obras del ingenio humano : nada pasa en el mundo como pasa en el arte.

En cualquier suceso de la vida hay una comedia , un drama , un poema , un cuadro ; hay , en fin , una obra de arte , como en todo pedazo de mármol hay una estatua ; no falta más que sacarla.

No sé de cuántas manera puede definirse el arte ; pero yo tengo para mi uso particular esta única definición :

Arte es la ficción de lo verdadero.

Toda obra de arte es una mentira formalmente empeñada en no faltar á la verdad.

El gran trabajo del artista consiste en mentir sin que nadie lo conozca.

La naturaleza y la sociedad son las dos primeras materias del arte.

En ellas encuentra los diamantes en bruto, y los labra.

Hasta aquí nos hemos dejado engañar por las bellas mentiras del genio; pero á la altura en que nos encontramos, sólo la realidad misma puede satisfacerarnos.

Por un contraste inexplicable, conforme se va extinguiendo en el mundo la raza de los verdaderos reyes, va el hombre buscando por la tierra todo lo que es real.

O de otra manera :

Cuando la perspectiva que sonríe al hombre moderno en los horizontes de la última ciencia consiste en la idea de la República universal, es precisamente cuando todo se hace realista.

El arte no ha podido excusarse, y paga también su tributo de realismo al espíritu positivo que se ha apoderado de la ciencia, de la moral, de la política y de las costumbres.

Realismo en el arte es la representación del acto más grosero, representado de la manera más desnuda.

No es la belleza de las cosas, sino la fealdad de todo.

No es el arte, sino el cadáver del arte.

En la sangrienta lucha hace ya tanto tiempo en-

tablada entre el toro y el hombre, el toro, indudablemente más testarudo, parece que empieza á llevar ventaja.

Hasta ahora se puede decir, tratándose de animales, que el toro venía casi siempre á pagar el pato; pero se observa de algún tiempo á esta parte que el hombre es el que, al fin y al cabo, carga con el mochuelo.

Siete siglos costó á España vencer á los moros; pero estos conquistadores, derrotados al fin, nos dejaron los toros como un recuerdo, como quien dice: «Tú te acordarás de mí».

Ellos, que lo perdieron todo, no quisieron, por lo visto, perder la esperanza, y nos dejaron en los toros la señal de su dominio, como si hubieran querido decir: «Esto es mío todavía».

Al recoger sus banderas, siéndoles imposible capear por más tiempo sus derrotas, y no pudiendo apelar á la suerte de la espada, parece que al huir nos dejaron clavada la siguiente banderilla:

«España está todavía por conquistar».

Así ha pasado el tiempo, y generación tras generación, empujándonos unos á otros como se empujan unas á otras las olas del mar, hemos escalado, digámoslo así, la altura de los tiempos actuales.

Desde aquí todo se ve más claramente.

Pronto la mirada profunda de esta civilización astuta ha penetrado en el secreto.

Ella, que para hacer al hombre perfectamente libre y completamente moderno, lo ha desatado de

la ominosa cadena de las generaciones, destruyendo monumentos seculares, arrasando templos, torciendo la historia, arrancando, digámoslo así, al hijo de los brazos de su padre, cortando, en fin, el hilo de gloriosas tradiciones, porque todas y cada una de estas cosas eran como lazos que nos sujetaban á la barbarie de los tiempos pasados ;

Ella, que con vigilante cuidado guarda todas las puertas que dan á lo pasado, para que no podamos retroceder; no había de dejar abierto el camino de los toros, por donde la generación presente pudiera comunicarse, entenderse con las generaciones pasadas, retrocediendo hasta los tiempos mismos de la dominación sarracena.

Y comprendiendo la urgencia de la necesidad, y como detalle y complemento del plan regenerador y profundo á que ajusta sus actos y sus pensamientos, la civilización moderna ha dicho :

«Acabemos con las corridas de toros».

¿Cómo?

Con las carreras de caballos.

Lidiar con un toro, aunque sea con todas las ventajas que el arte proporciona, siempre es un acto varonil; hay energía, arrojo, destreza; pero al fin es una fiesta salvaje. En cambio, correr un caballo, premiar la velocidad de su carrera y jugar á la intemperie sumas ó restas de más ó menos importancia á la rapidez de uno ó de otro caballo, es cosa

que, en efecto, no conduce á nada útil, pero es un espectáculo sumamente divertido; es caro, pero en cambio es culto.

Para comprender la distancia que hay de la Plaza de Toros al Hipódromo, del toril á la cuadra, no hay más que advertir que las *corridas* nos las dejaron los moros, y las *carreras* nos las ha proporcionado Inglaterra.

Para que se sepa que tenemos un pie en África y otro pie en Europa, hemos añadido á las corridas de toros las carreras de caballos.

Esto es: siempre corridos.

No se puede decir que Madrid es un pueblo que constantemente se distingue por el aseó y la esmerada limpieza de sus calles.

Tampoco se puede asegurar que brilla por la espléndida claridad del alumbrado público.

En cambio, podemos asegurar que se invierten muy respetables sumas en la limpieza y en el alumbrado de las calles de Madrid, y váyase lo uno por lo otro.

No sé lo que el viajero que por primera ó por vigésima vez venga á visitar la capital de la monarquía, dirá allá en sus adentros, y en la intimidad de su lengua nativa, al cruzar las calles de Madrid, ya sea de noche, ya sea de día.

Pero, sea lo que quiera lo que el viajero piense,

si es hombre que sabe pesar las cosas en la balanza de un juicio imparcial, es evidente que acabará por hacernos justicia.

Hay cosas que para apreciarlas con toda exactitud es preciso tomarlas en toda su extensión, abarcándolas por completo de una sola mirada, porque hay cuestiones que no se pueden medir á palmos.

Es verdad que atravesando las calles de Madrid durante la noche, se ve poco; pero es igualmente cierto que el que se pasea por ellas durante el día ve demasiado.

O, lo que es lo mismo:

Si el ayuntamiento escasea por una parte la luz del alumbrado público, es pródigo, por otra parte, de todo aquello que el aseo tiene condenado á una obscuridad perpetua.

Mas si el viajero es libre para pensar del caso lo que tenga por conveniente, el vecino de Madrid está obligado á ser justo.

Lo que el viajero considerará tal vez como una muestra de desidia y de miseria, el vecino de Madrid debe considerarlo como una muestra de fausto y de grandeza.

Las calles de Madrid no se ven nunca limpias de día ni alumbradas de noche, lo cual constituye un verdadero lujo.

La opulencia no consiste tanto en lo que se disfruta como en lo que se gasta; y así es que comparado nuestro presupuesto de policía urbana

con el presupuesto equivalente de la ciudad más fastuosa, más limpia y mejor alumbrada, siempre resultará que nuestro presupuesto excede á todo presupuesto en una cantidad enorme, esto es, en toda la cantidad que gastamos.

La cuenta es clara.

Si en Barcelona, por ejemplo, invierte el ayuntamiento un millon de reales en policía urbana, en sus calles limpias de día y alumbradas de noche, recoge la población, poco más ó menos, cincuenta mil duros al año de luz y de limpieza.

Pues supongamos que Madrid invierte en la misma cosa la misma cantidad, y tendremos que aquí se gastan cincuenta mil duros más que en Barcelona, por la sencilla razón de que en Madrid se emplea un millón de reales en que no haya policía urbana.

Y he aquí el fundamento de nuestra vanidad.

Un pueblo pobre dice: «Yo no tengo policía urbana, porque no puedo tenerla»; lo cual es una vergüenza.

Un pueblo desidioso y avaro dice: «Yo no tengo policía urbana porque no quiero gastar en ella ni tiempo ni dinero»; lo cual es una miseria.

Un pueblo que no es pobre, ni desidioso, ni avaro, dice: «Yo tengo policía urbana, porque me cuesta el dinero tenerla»; lo cual es una vulgaridad como otra cualquiera.

Pero llega Madrid, y dice: «Aquí no hay policía urbana, precisamente porque me gasto una su-

ma enorme en que no la haya»; lo cual es el colmo del lujo y de la opulencia.

En estos tiempos prósperos, los asilos de beneficencia andan siempre escasos de fondos, como si la miseria particular se empeñara en crecer en la misma proporción que crece la riqueza pública. Pero ello es que hay que acudir con frecuencia al regocijo de los que viven bien, para que puedan continuar viviendo los que no tienen sobre qué caerse muertos.

Esto ha ocurrido muchas veces, está ocurriendo siempre, y en alguna ocasión un concierto vocal e instrumental en el Jardín Botánico nos ha sacado por de pronto del apuro.

El Jardín Botánico es un gran jardín, la música siempre es música, el objeto del concierto no puede ser más excelente, el precio ínfimo. Aquí hay, pues, una cosa buena, bonita y barata.

La concurrencia fué, justo es decirlo, numerosa y escogida; numerosa, porque la fiesta era barata, y sin ningún esfuerzo podía disfrutarla todo el mundo; y escogida, porque cada concurrente se escogería á sí mismo.

Este público pudo gozar la dulce satisfacción de haber contribuido á socorrer la desgracia, y pudo recrear sus sentidos y su pensamiento disfrutando

el conjunto de tan agradable fiesta. ¿Á costa de qué? Á costa de unos pocos maravedises.

No se puede dar más por menos.

¿No es esto envidiable?

Ese acto del público que acude á adquirir por un precio mínimo la satisfacción de su conciencia y el recreo de sus sentidos, hace ciertamente un buen negocio.

Hacer bien es una cosa que vale mucho; pero he aquí un caso en que apenas cuesta algo.

Esto se llama....—lo diré en griego para mayor claridad:—esto se llama *filantropía*.

Me es absolutamente indispensable despertar en la memoria de mis lectores un recuerdo triste para poder contarles una historia alegre, cosa que no extrañarán, pues todos ellos saben que así andan mezcladas en la vida la tristeza y la alegría.

El triste recuerdo que tengo que evocar es el de la última invasión del cólera; la historia que voy á referir es, poco más ó menos, como sigue:

Todo el mundo sabe que la epidemia, entrando por Triana, invadió á Sevilla, y que allí hizo lo que el cólera hace en todas partes.

Huyeron unos, se quedaron otros, murieron muchos, y sobrevivieron todos los demás, para contarnos lo terrible del suceso.

Allí, como en todas partes, hubo de todo; pero no faltaron á los enfermos ni auxilios ni socorros, y la piedad abrió de par en par los corazones y los bolsillos.

Unos dieron lo que pudieron y otros lo que quisieron: hay muchos casos en los cuales querer es más que poder.

Vivía en Sevilla un torero tan famoso por la destreza con que *trasteaba* al *bicho* como debiera serlo por las bellas cualidades que formaban el fondo estimable de su carácter, digo mal, de su alma; pero el torero era muy conocido, y al hombre apenas se le conoce.

Este torero tenía una mujer que corregía, completaba y perfeccionaba á su marido: me atrevo á decir que la mejor suerte de ese torero era tener la mujer que tenía.

No sé si esta mujer era bella, pero debía serlo, en atención á que era buena; ignoro cuántas y cuáles eran las gracias que adornarían su persona, pero puedo asegurar que poseía toda la gracia de una gran virtud, con lo cual digo que es imposible que fuese una mujer desgraciada.

Cuando el cólera se cansó de hacer víctimas en Sevilla, se marchó á otra parte, y la población respiró con el ansia del que vuelve á la vida.

Entonces se pensó en formar una lista de las personas que habían acudido con donativos y limosnas al socorro y auxilio de los enfermos pobres y desvalidos, con el fin de hacer públicos sus beneficios.

cosa muy justa, puesto que esa publicidad podía servir de legítima satisfacción á los bienhechores y de útil ejemplo á los demás.

La mujer del torero se encontró un día sorprendida en su casa por la presencia de una comisión.

Esta comisión quería saber á qué suma ascendían las limosnas hechas por la mujer del torero durante la epidemia.

—¿Para qué?—preguntó la mujer.

—Para que el mundo conozca las almas bienhechoras de Sevilla, y las admire y las imite.

La mujer dijo:

—Pues yo no sé las limosnas que he hecho.

—¡Cómo! (exclamó la comisión): ¿V. no lo sabe?

Y ella añadió:

—Lo saben Dios y mi marido.

—¡Pero V. ignora las limosnas que ha hecho!

—Yo.... Miren Vds., no llevo cuenta con la caridad.

Esa es la historia.

La concurrencia numerosa y escogida saldría del Jardín Botánico diciendo:

—¡Oh, qué concierto!....

La mujer del torero se quedaría en su casa, exclamando interiormente:

—¡Vaya una comisión!

Ahora bien:

Aquello es filantropía; ésto es caridad.

La actitud propia del hombre de estos tiempos, mejor dicho, del hombre de estos días, debiera ser cualquiera de esas actitudes por medio de las que la mímica ha establecido la manera muda de expresar el asombro.

Para responder á la serie de prodigios que unos tras otros vienen á sublevar, digámoslo así, nuestra frágil admiración, debiéramos pasar las veinticuatro horas del día con los brazos caídos y la boca abierta.

Y no habría manera de abandonar esa actitud, por la rapidez con que pasa delante de nuestros ojos esta serie inagotable de maravillas que diariamente devoramos.

Pero aquí todo pasa pronto.

Por eso las cosas y las gentes que no pueden pasar en ninguna parte, se vienen á Madrid, y aquí pasan.



¿ QUÉ HAY ?

ESTA es la pregunta que se escapa de todos los labios, y que ha venido á constituir la fórmula precisa de todo saludo.

El hombre más sabio no tiene inconveniente en descubrir toda la profundidad de su ignorancia, preguntando incesantemente : « ¿ Qué hay ? »

Esta pregunta, en virtud de una multiplicación prodigiosa, está á un mismo tiempo en todas partes.

Es más : cuando no hay á quién dirigirla, ó cuando nadie contesta á ella, el hombre menos reflexivo se detiene delante de sí mismo, preguntándose : « ¿ Qué habrá ? »

Parece que ha llegado el momento de señalar la altura común de los conocimientos universales que el mundo posee, y que se ha abierto el período de un examen general.